



Carlos Valenzuela Solís de Ovando

Las liviandades del Oidor

El honorable oidor don José de Meneses caminaba tieso y majestuoso por la calle del Presidente (actual Puente) hacia el barrio de La Chimba. Un fresco vientecillo otoñal agitaba el alto copete de su peluca y le traía el perfume de los naranjos de las huertas vecinas. Su tranco pesado y altanero lo llevaba en pos de un lance amoroso, a esa hora del atardecer tan propicia para acogerse al regazo de una alcoba, junto al rojizo resplandor de un brasero y al reconfortante calor de un colete de aguardiente.

Una hermosa morena, coqueta y retrechera, había aprisionado en sus redes al enamorado cuarentón, quien se esmeraba en satisfacer las inquietudes de la niña, cuyo alejado esposo, enredado en los afanes de la guerra de Arauco, se veía impedido de calmar. A cambio de esta dedicación y de algunas ayuditas, ora en regalos, ora en patacones, Juanita le otorgaba sus favores con largueza y fidelidad, a pesar de su enorme corpulencia. Al otro lado del Mapocho, una turba de chiquillos bullangueros interrumpió sus agradables pensamientos. Un señorón de tan imponente figura no era cosa habitual por esos andurriales. La muchachada le siguió gritándole motes divertidos, mas como el caballero no estaba para fiestas, les amenazó agitando el bastón en alto:

-¡Bergantes, malandrines! ¿No tenéis nada mejor que hacer?

La montonera de rapaces se alejó por el pedregal del río, no sin antes de que uno, seguramente el más travieso, le arrojara una bosta seca con enorme desenfado. Mascullando algunas imprecaciones contra el atrevimiento de la rotada, el oidor continuó su marcha tratando de no ensuciar la blancura de sus calzas en el lodo de las pozas.

Con el pomo de la vara dio discretos golpecitos en la puerta de una casona humilde. Un ronco traqueteo se escuchó en el interior; luego el descorrer de cerrojos, y la hoja se abrió dejando ver el rostro de una hermosa mujer en la plenitud de sus formas.

-¡Oh, don José, al fin llegáis!

-Las graves preocupaciones del cargo me han traído sumamente atareado -se disculpó el pisaverde- pero, ¿no me hacéis entrar?

-¡Pasad, pasad, su señoría! Instalaos en la habitación mientras os traigo un refresco de aloja de culén.

-No está la tarde para refrescos, querida niña. Traed mejor el aguardiente

-masculló apoltronándose en una silla de vaqueta. Luego, sacando una pequeña cajuela de su bolsillo, la abrió y sorbió una larga narigada de rapé. Al cabo de unos instantes lanzó tan tremendo estornudo, que su pesada humanidad se sacudió peligrosamente.

-¡Ahhh! No hay nada que despeje más -habló a solas, atisbando hacia el dormitorio a través de la puerta- ¡Oh, esa alcoba, qué de recuerdos le traía! Aquellos que le tildaban de gordo se habrían puesto amarillos de envidia si supieran su secreto- ¡Gordito, sí, pero enamorado! -pensó con satisfacción.

Juanita volvió con una botella y dos vasos que llenó generosamente. Luego se sentó a su lado. Don José se echó un largo trago, después miró a la muchacha con malicia, y le preguntó:

-¿Por qué no os sentáis mejor sobre mis rodillas?

Juanita lo contempló con picardía, entrecerrando los ojos:

-¿Tenéis frío o sois regalón?

-Ambas cosas, querida niña -susurró mientras la abrazaba con pasión.

Tarde ya, cuando en la quietud de la noche sólo se escuchaba el canto alegre del río sobre el cascajal, Juanita encendió un candil, a cuya luz don José observó su rostro entristecido.

-Os veo preocupada, mujer. ¿Qué os traéis entre manos?

-¡Oh, su señoría!, no me atrevo a confesároslo porque os vais a molestar.

El oidor interrumpió el reconfortante trago que había comenzado a sorber y la miró con sus ojillos redondos, interrogante y alarmado.

La muchacha bajó la vista y, casi en un susurro, musitó:

-Tengo miedo de contaros que vais a ser padre.

-¡Pa... pa...! -se atragantó y comenzó a dar manotazos como si le faltara el aire.

-¡No os muráis, señor, que os voy a necesitar! -suplicó la asustada Juanita.

-¡Que horrendo desacato! -exclamó consternado, olvidando en las telarañas de su mente que a las criaturas no las traen las cigüeñas sin un permiso especial del padre. Su corpachón comenzaba a temblar, cuando la mujer agregó:

-Y os falta aún saber lo peor.

-¡Recáspita! ¿Es que hay algo peor? -un frío sudor lo empapó copiosamente.

-Su señoría debe recordar que se aproxima el invierno y las tropas de Arauco se vendrán a la capital.

-¡Nooo! ¡Vuestro esposo llegará! -balbuceó casi llorando- Es necesario detenerlo allá en la frontera, con cualquier pretexto, hasta la próxima internada. He dispensado muchos favores a algunos jefes militares; creo que ha llegado el momento de cobrarlos -agregó tranquilizándose- debo ponerme de inmediato en actividad.

-Pero, señor, ¿no os vais a quedar toda la noche? Os había esperado ansiosa -se quejó la muchacha.

-¡No estoy para amores, sino para la guerra! -concluyó abotonándose el levitón.

Marchando con aire de general en jefe que parte a la batalla, deshizo el camino hacia la Plaza de Armas, espantando con airados movimientos de su bastón, a los perros sueltos que intentaban morderle las piernas.

De más está decir que el oidor consiguió lo que se había propuesto. En una época en que todo se arreglaba con favores mutuos, hoy por mí y mañana por ti, la destinación del inocente marido de Juanita a una de las plazas más alejadas, fue inmediata.

Al fin respiró tranquilo el galán. Pero sus constantes visitas y el engrosar progresivo de su manceba, no pasaron inadvertidos para el vecindario, que comenzó a comentarlo en forma medrosa en las chinganas, luego en los mercadillos de los vendedores, donde lo cogieron las «chinitas» de las casas y, al corto tiempo, lo supo toda la ciudad.

Don José de Meneses, que se tenía por hombre de avanzadas luces, sabía que por cualquier nimiedad más de alguien podía escribir una carta al rey denunciándole. Y comenzó por abstenerse de sus visitas al otro lado del río, por lo menos hasta que su azarosa aventura se hubiera olvidado.

Pero el hombre, que aumentaba cada día su cuerpazo, estaba demasiado acostumbrado a los placeres terrenales para ceñirse el cordón del celibato, como él llamaba a las relaciones con su esposa.

No pasó mucho tiempo sin que reiniciara sus andanzas, mas esta vez cayó bajo el encanto sutil de una moza de corta edad. La niña María Cerón, que sólo contaba con diecisiete primaveras, era hija de la costurera que atendía las labores de la aguja e hilo en la casa del señorón.

Cierto día en que la mozueta había ido a entregar unos trabajos de su madre, acertó a pasar por el corredor frente a la sala privada de don José y, al escuchar los estruendosos estornudos que lanzaba tras sus narigadas de rapé, creyó que el señor estaba a punto de sufrir un soponcio y acudió en su ayuda.

Cuando Meneses logró abrir los ojos enrojecidos de sangre, distinguió apenas la figura angelical de la niña que el sol dibujaba a lo vivo jugando a sus espaldas. Poco a poco la visión se fue aclarando y comprendió que no se trataba de una aparición, sino de la más bella criatura humana que jamás había visto. La muchacha se acercó, inocente, y comenzó a sacudirle por un hombro.

-Señor, señor, ¿os sentís bien?

El vivaracho oidor, que no dejaba escapar falda alguna, se percató de que ésta era su oportunidad. En esos tiempos, en que la mayoría de las jóvenes contraía matrimonio a los trece o catorce años, una niña de diecisiete era

ya toda una mujer, con la inocencia infantil, pero físicamente una mujer. Y ésta, en forma particular, estaba muy bien dotada.

Haciéndose el enfermo, le rodeó el talle con su brazo atrayéndola, para sentir más de cerca el perfume que exhalaba su cuerpo.

-¡Ay, hija, ayudadme!

-¡Decidme, señor, qué os pasa!

-Me falta el aire -mintió el desvergonzado- acercaos y soplad sobre mi rostro.

Sin sospechar las intenciones del patrón, la muchacha acercó su boquita suavemente junto a la nariz del caballero, y al mirarlo tan de cerca advirtió que, después de todo, no era tan feo ni tan adusto como había imaginado. Sus rasgos maduros, como tallados en piedra, la impresionaron. Además, la curiosidad en las hijas de Eva ha sido y será siempre su gran perdición.

Mientras la niña lanzaba su suave brisa al rostro del conquistador, éste comenzó a acercarse hasta rozar sus labios, y al no ser rechazado, la estrechó fuertemente al tiempo que la besaba con pasión. La Mariíta Cerón estaba como embrujada. Por primera vez en su vida recibía tal caricia, y era tanto el transtorno que le producía, que no atinaba a reaccionar.

Estaba la pareja en estos afanes, la una en el cielo y el otro en el infierno de los deseos, cuando pasó por el corredor la negra Sebastiana que se jactaba de ser la única que atendía al señor, y no quería tener rivales dentro de la casa, y menos de la hermosura de la jovencita María. Penetró en la habitación sin que la sintieran, y cuando vio que el amo iba a pasar a mayores, hizo ruido con la jarra sobre el peinador. Luego carraspeó y dijo:

-¿Se le ofrece algo más a vuestra merced?

-¿Qué haces aquí, mentecata? -vociferó don José mirándola con los ojos hinchados de furia. La negra se turbó temiendo que el señor descargara sobre ella su ira y no atinó a responder.

Entretanto, la niña María arreglaba su vestido sin mayor preocupación, toda vez que ella consideraba perfectamente naturales estas caricias del patrón.

-¿Cuánto rato llevas aquí, negra entrometida? -insistió el oidor cogiendo su bastón y acercándose amenazadoramente a la criada.

-Reciencito, no más, su señoría.

-Bien, te daré una tunda de palos para que no vayas a abrir la boca, negra jetona.

-¡Señor, no lo hagáis, bien sabe su merced que yo cuido sus secretos!

-gimió la infeliz, cuyo rostro se veía más blanco que moreno.

-¡Con que así!, ¿eh? Pues bien, qué tal si continuas guardándome otros secretitos -continuó levantando el amenazador bastón.

-¡Yo haré lo que vuestra merced quiera! -suplicó la negra, cayendo de rodillas estremecida por los sollozos.

-No le hagáis daño, señor, es mi amiga -intervino Mariíta con dulzura.

-Por esta vez tendré compasión. Pero tú te arreglarás, con cualquier pretexto, para traerme a esta niña todas las tardes aquí sin que nadie se entere. Si me impongo de que has abierto la boca, o de que alguien sospecha, te daré tal zurra que no volverás a conocer a un hombre, pues nadie te mirará por lo fea que quedarás.

-¡Sí, sí, mi señor, lo que vuestra merced mande!

-Pues ahora acompaña a esta niña donde su madre, e ingéniate las para que regrese mañana al atardecer.

Sebastiana abrió los ojos de sorpresa, se había librado de una buena.

A partir de ese día, la Mariíta comenzó a visitar cotidianamente la alcoba del oidor, lugar donde bajó desde las nubes de su doncellez al tráfago violento de una pasión tumultuosa. Lo peor de todo, es que la muchacha esperaba con ansias la hora de la cita, pues el nuevo juego que había aprendido era mucho más entretenido y tentador que las agotadoras costuras al lado de su madre.

Sin embargo, las andanzas de la muchacha no podían pasar inadvertidas a su madre y, no creyendo el cuento que la negra le había endilgado, la retuvo en su casa con prohibición terminante de salir. Cuando la criada la fue a buscar, le manifestó que María no volvería a tal trabajo. Sebastiana, por su parte, supuso una riña de enamorados y volvió a la casa de su amo, diciéndole que la joven no quería verlo.

El oidor se dolió profundamente, pues la gracia y hermosura de María le habían enamorado. Al transcurrir los días, volviendo la negra siempre con la misma respuesta, decidió enviarle suntuosos regalos, pensando que así vencería su resistencia. En efecto, al día siguiente el zambo Melchor partió a la casa de la niña con «una húngarina de terciopelo negro, una pollera de tafetán doble carmesí en corte, otra de chamalote picado y acabado, dos pares de medias de seda y dos de calcetas».

Al ver los regalos, la madre comprendió cuál había sido la razón de las salidas de su hija e, indignada, devolvió al lacayo con los paquetes.

Don José de Meneses interpretó tal devolución como un rechazo de parte de la muchacha y montó en cólera. Poco acostumbrado a que alguien, y menos una jovencita, se opusiera a sus deseos, usó de su cargo de oidor e hizo encarcelar a la joven. La noticia cundió por el pequeño pueblo de Santiago con la rapidez del viento. El mismo día de la aprehensión, al anoecer, se comentaba en las ramadas, en los chincheles, en los toldillos de los vendedores de ojotas, en fin, lo supo toda la ciudad y llegó hasta el propio presidente Juan Henríquez, quien hizo levantar un proceso en contra del oidor que causó enorme revuelo, dada la importancia del personaje implicado.

Pero, como todas las cosas de aquel siglo apacible y picaresco, se arregló el pleito a satisfacción de las partes, a excepción de la esposa de don José de Meneses, quien, si bien sabía y disimulaba las andanzas de su marido, no podía soportar el escándalo. Luego de amenazarle con escribir al rey dando cuenta de su conducta, le conminó a permanecer en su casa, dándole diarias muestras de su celibato.

Mas el inveterado galán había comenzado mucho antes otra aventura, que hasta el momento no había pasado a mayor intimidad. En un sarao en casa de doña Beatriz de la Barrera, anciana de gran alcurnia y posición, había conocido a su nieta, Elvirita Tello, que no pecaba precisamente de falta de coquetería. La fama de mujeriego del oidor le había precedido y le hacía más interesante a los ojos de las niñas en estado de merecer que, por falta de hombres jóvenes en la ciudad, no lograban contraer matrimonio.

El siglo XVII se caracterizó por un relajamiento en las costumbres de la

sociedad, quizá la expansión lógica del período duro y espartano de la Conquista. Por eso no es de extrañar que las mujeres, obligadas a llevar una vida aburrida y monacal, buscaran la diversión en todas las formas que podía darles un poblachón tan pobre y dormilón como era Santiago. Lo cierto es que el oidor se las arregló para quedarse a solas con la muchacha, y tener con ella sabrosos y comprometedores paliques que fueron día a día en aumento, hasta que misiá Elvirita, aprovechando que la vejez de su abuela no le significaba un estrecho cerco de cuidados, facilitó al enamorado galán la llave de una puertecilla que daba al callejón lateral. En esta forma, don José de Meneses había logrado penetrar al santuario de la niña sin que nadie se percatara.

Al ocurrir lo de María Cerón, el oidor se acordó de aquello de «a rey muerto, rey puesto», y empezó a visitar diariamente a Elvirita, olvidando todas las promesas que le había hecho a su mujer.

Sin embargo, las cosas no fueron fáciles. La joven había sabido de la escandalera y se hallaba sumamente molesta de haber tenido una rival. Mas don José la tranquilizó diciéndole que ella sabía, desde un comienzo, que él era un mujeriego. Pero ahora la cosa había cambiado, pues debía mantener limpia su imagen o perdería el cargo. De esta suerte se dedicaría nada más que a ella. Satisfecha doña Elvira de tenerlo sólo para sí, prefirió dar por terminado el asunto y dedicarse a vivir momentos de gloria.

La niña, como toda joven de la alta sociedad, era educanda en el monasterio de las monjas clarisas, convento que competía con el de las agustinas respecto a la alcurnia de sus alumnas. Por esta razón no podían verse durante el día, situación que venía de perillas a don José para mantener las apariencias en su casa. Mas, cuando anunciaba que se retiraba a su alcoba, salía por el portón carretero del último patio y se dirigía, con el corazón palpitando como muchacho travieso, a la casa de Elvirita. Escaldado con sus aventuras anteriores, en especial con la mujer del soldado que aún le penaba, se había dado ciencia y maña para evitar que la muchacha quedara embarazada. Así transcurrió largo tiempo en que los amantes vivieron momentos maravillosos; pero como toda felicidad tiene su fin, sucedió lo imprevisto.

Cierta noche la abuela, no pudiendo dormir, se dirigió a las habitaciones de su nieta, y cuál no sería su sorpresa al encontrar en ella nada menos que al oidor don José de Meneses, quien felizmente acababa de llegar y se hallaba solamente besando los labios de Elvirita.

Esta vez el alboroto fue tremendo, tanto que casi costó la vida de doña Beatriz, a quien sobrevino tal patatús, que todos la dieron por muerta. No obstante, gracias a la desenvoltura de una mulatilla llamada Tomasa, que era el «corre ve y dile» de la casa, se salvó de emprender el viaje que la habría librado para siempre de las desvergüenzas del oidor Meneses. La criada se apresuró en llamar a maese Julián del Carpo, dueño de una botica y conocido por su habilidad de «sangrador».

En cuanto se recuperó, doña Beatriz de la Barrera se fue directo a hablar con el obispo don Diego de Humanzoro, fiel vigilante de la moralidad pública y única persona que podía intervenir habiendo un oidor de por medio. El prelado dispuso que la joven fuera encerrada en el convento de las agustinas; mas, al saber que una tía de la pecadora, doña Aldonza

Tello, era abadesa de Santa Clara, ordenó su inmediata reclusión en dicho monasterio, con gran temor por su parte, claro está, de que una mujer lasciva pudiese corromper a las santas religiosas.

Sin embargo, como la niña era bastante rebelde, habría que secuestrarla con el consentimiento tácito de la abuela. Todo dispuesto, esa noche se presentó en casa de doña Beatriz, el corregidor acompañado de tres alguaciles disfrazados de campesinos. Al sentir el golpe del aldabón en la puerta señorial, las únicas alarmadas fueron la Elvirita y su «mama» la negra Analora, pues todo el resto de la servidumbre estaba en el secreto. La abuela penetró en el aposento y le ordenó que se vistiera, pues su tío Tomás de Toro, dueño de una estancia en Melipilla, quería que fuera a pasar unos días en su casa hasta que hubiese pasado el escándalo. Con todo desparpajo, la joven rió:

-Pues decídle a mi tío que no me gusta el campo.

-Hija, la conmoción en la ciudad ha sido mucha. Te conviene estar ausente hasta que todo se haya calmado y comience a olvidarse -argumentó, conciliadora.

-¡No quiero que me encierren! ¡No me moveré de aquí!

El corregidor, que había estado escuchando detrás de la puerta y tenía instrucciones terminantes del obispo de llevársela, aun a la fuerza, cruzó el umbral y dijo con voz autoritaria:

-Si no os vestís de inmediato, os llevaremos tal como estáis. Tengo tres ganapanes esperando en el patio. ¡Vamos, ayudadla a cubrirse! -ordenó a las sirvientas que se hallaban contemplando la escena con los ojos más grandes que tortilla de rescoldo.

En menos de lo que se demora una beata en rezar tres Avemarías, Elvirita Tello se halló en el interior de una calesa, vestida y arropada con unas mantas, dispuesta para un largo viaje.

El propio corregidor don Antonio Montero del Aguila, jinete en un caballo negro, dio la orden de partir al cochero, asestando al mismo tiempo sendos rebencazos a las mulas para que se movieran.

Dejando la calle de la Merced, enfilaron por la del Rey para dirigirse al convento de las clarisas; mas don Antonio, sabedor de los deseos de don Tomás de Toro respecto a que la joven desapareciese de Santiago un buen tiempo, y conociendo los temores del obispo de recluir a una niña tan libertina en un lugar destinado a las más excelsas virtudes, se decidió a continuar viaje de inmediato hacia la hacienda de Melipilla.

-¡Con lo que costó sacarla de su casa...! Si pasamos por el monasterio va a ser otro alboroto para llevarla donde el tío -terminó convenciéndose.

Ordenó al auriga que tomase por la calle del Chirimoyo (Moneda) hasta la de Ahumada, para cruzar el ancho cequión de la Cañada por el vado que allí había, y luego dirigirse al Callejón de Padura (Almirante Latorre), que era el camino real a Talagante.

Mientras todo esto sucedía, el oidor Meneses no se había estado quieto. Hombre de muchos recursos, no estaba dispuesto a dejarse arrebatar la paloma, y había destacado dos o tres vigilantes para que le avisaran lo que sucediese en casa de doña Beatriz.

En cuanto vio partir el carruaje, el peón que se hallaba observando desde un zaguán cercano, montó en un caballo medio derrengado y lo siguió, para saber en cuál de los dos conventos encerrarían a la muchacha. Al verles

tomar el camino de la costa, comprendió que el destino era la estancia de Melipilla y corrió a avisar a su amo.

El oidor se alegró sobremanera. El cambio era mucho más beneficioso para sus planes. Lo largo del viaje y el trote corto de las mulas, le darían tiempo para organizar una partida y alcanzar el grupo antes que cruzaran el río Maipo.

Reunió entre sus peones a aquéllos de más mala traza, rotos bravos de cuchillo y malas palabras, ganosos de una buena pelea, y partió en demanda de la niña.

Entretanto, el carruaje había demorado su marcha debido a lo áspero del camino y a la poca luz que repartía la luna, alumbrando entre nube y nube. Al aproximarse a las márgenes del Maipo, divisaron la lumbre de algunos candiles que anunciaban la posta para viajeros, situada antes del inicio del puente.

Don Antonio Montero se adelantó con uno de los mocetones para despertar al posadero que dormía pesadamente, digiriendo una soberbia borrachera entre botellas y jarras vacías. Los gritos del corregidor no fueron suficientes para sacarle de sus bellos sueños. Fue necesario que el caballero le propinara unos buenos puntapiés en salva sea la parte, para que abriera los ojos adormilado y con cara de idiota. Sólo cuando vio el rostro de la autoridad terminó de despejarse y masculló algunas excusas, que don Antonio atajó con severo ademán:

-¡Callad, gandul, flojonazo! ¡Despertad a vuestra mujer para que atienda a una dama muy principal que nos acompaña!

Cabeza gacha partió el hombre rascándose la barriga con ambas manos y, a gritos, consiguió que la mulata con quien vivía abandonara la cama y comenzara a preparar un abundante y reconfortador desayuno, pese a que aún no amanecía.

Los peones ayudaron a bajar a la señorita y la instalaron, tras estirar las piernas, junto al fogón recién encendido. Hasta allí, todo marchaba perfecto, pero el corregidor no se iba a sentir tranquilo, mientras no la hubiese entregado a su tío, por lo que comenzó a apurar al grupo para continuar la marcha.

En cuanto las mulas de recambio tuvieron los arneses puestos, don Antonio dio orden de partir y se acercó a doña Elvira:

-Señorita, tened la bondad de subiros al carruaje.

-No tengo la menor intención de continuar el viaje -respondió calmadamente la joven- toda la gente de estos alrededores me conoce desde que era pequeña. Si me forzáis, gritaré diciendo que me habéis raptado con malas intenciones. O regresamos de inmediato a Santiago, o armaré tal escándalo que saldréis mal parado.

El corregidor no era hombre que se arredrara por las amenazas de una niña mal criada. Llamó a sus peones y ordenó que la llevaran a la calesa. Justo cuando salían los hombres de la covachuela con la muchacha en brazos, gritando como una desaforada, se escuchó el resonar de los cascos de una partida que se acercaba al galope, y antes de que alcanzaran a reaccionar, les cayó encima una tromba.

Los huasos del oidor Meneses lanzaron sus caballos corraleros contra los alguaciles, dándoles con los pechos, y los lanzaron por tierra. El que llevaba a la joven, la dejó caer para desenvainar la espada; mas, antes de

tocar la empuñadura, recibió un golpe en el cráneo que lo dejó fuera de combate.

En la oscuridad que reina antes del amanecer, todos peleaban contra todos. El propio Meneses fue quien dio tal pechazo al corregidor, que lo botó del caballo a varios de metros de distancia, quebrándole un tobillo en la caída.

Aprovechando la confusión, subieron a Elvira al coche, dieron media vuelta y regresaron a Calera de Tango, donde tomaron un largo descanso, para luego dirigirse, nuevamente al atardecer, a la casa del fiscal de la Audiencia, don Francisco de Cárdenas, muy amigo del oidor.

El polvo que levantó el asunto permaneció mucho tiempo flotando en el habitualmente límpido aire del Santiago colonial. Un oidor que desafiaba tan abiertamente a la autoridad eclesiástica, dando escándalo por sus relaciones ilícitas con una joven de la alta sociedad, no podía quedar sin castigo. Todo el mundo se mantenía a la espera de los acontecimientos, e incluso se comenzaron a cruzar apuestas en los chincheles y tugurios donde se reunía la gente de mal vivir con algunos señoritos calaveras. Los hombres y el populacho aplaudían al señor oidor, las jóvenes casaderas envidiaban secretamente a Elvirita, y las adustas matronas clamaban al cielo por la corrupción de la sociedad y por la falta de seguridad para la honra de sus hijas. Todos, quien más, quien menos, se sentían protagonistas del asunto. El único que echaba denuesos e imprecaciones desde la cama donde se hallaba postrado, era el corregidor con su tobillo roto.

El obispo Humanzoro, que se caracterizó por su gran virtud y su tenacidad en la defensa de las buenas costumbres, no se había estado quieto. Una larga carta a la reina, en que le daba cuenta de los desmanes y liviandades del personaje, que justamente por su cargo era quien debía velar por la justicia, demoró a España lo que un velero rápido necesitaba para llegar desde Buenos Aires a Cádiz.

La reina tomó cartas en el asunto, que le parecía de suyo inmoral e inaceptable, y facultó al obispo para que confinara al empedernido enamorado al presidio de Valdivia, e impusiera a la pecadora el castigo que estimara más prudente.

Don Diego recordó que los extremos siempre se tocan, y que el deseo pecaminoso podía trocarse en ansias angélicas. Sabía que el mejor material para una santa se halla en el alma de una pecadora, y no estaba errado. Decidió que la niña tomara los hábitos de Santa Clara, para lo cual exigió a don José de Meneses, a título de multa, los dos mil pesos necesarios para pagar la dote de una monja de aquellos tiempos.

Esta vez el renuente oidor tuvo que resignarse. Abrió los cordones de su bolsa, hizo entrega del cargo, y preparó sus petacas para el largo viaje a Valdivia por tierra. Llevaba ya un mes de camino, marchando lentamente gracias al séquito que le acompañaba para mantener su dignidad a pesar de ser convicto, cuando le alcanzó un propio para avisarle que el obispo había fallecido.

De inmediato regresó a la capital, esta vez apurando el tranco y dejando atrás a sus asistentes, para reclamar la devolución de su cargo, en tanto Su Majestad no dispusiera otra cosa.

No todo le resultó tan hermoso. Una peste, contraída quien sabe dónde, le

atacó súbitamente y le tuvo largo tiempo postrado en cama, dejándole finalmente privado de aquellas energías de todo varón que se precia, y como «por donde pecas, pagas», sucedió que su fama de mujeriego le persiguió abriéndole el acceso a gran cantidad de alcobas de las mujeres más bellas de la ciudad, que le esperaban ansiosas, pero a quienes no podía complacer.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

